

BLOC DE NOTAS



La calidad intemporal de una singular cuentista

En las pequeñas historias de **Felicidad**, de **Mary Lavin**, asoman las alegrías y las pérdidas de la Irlanda profunda

LUIS M. ALONSO

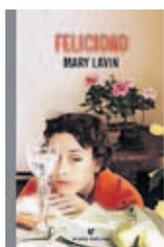
Mary Lavin dedicó su vida a escribir preciosos cuentos con historias de viudas, curas, pueblos de la Irlanda profunda y pequeñas tragedias de seres que se niegan a ser ingleses, curiosa particularidad por la que a Churchill le parecían algo raros este tipo de celtas. Lavin (1912-1996), hija de padres irlandeses nació en Massachusetts, Estados Unidos, y cuando cumplió diez años la familia regresó a su país de origen. Entre 1942 y 1985, publicó trece colecciones de relatos y según ella misma dijo, probablemente aplicando un juicio demasiado duro, “dos malas novelas”. Muchas de sus historias cortas también se publicaron en revistas literarias, sobre todo en “The New Yorker”, con la que mantuvo un acuerdo de primera lectura durante más de una década.

Lavin escribía narraciones breves que eran como flechas volando, porque ella misma estaba convencida de que el formato mínimo contribuye con mayor precisión al esclarecimiento de la verdad. Al

menos, a una partícula de ella. También, porque en el cuento halló la disciplina, y esa combinación de experiencia, imaginación y técnica que siempre la acompañaron. En 2012, coincidiendo con el centenario de su nacimiento, se reeditaron **Tales From Bective Bridge** (1942) y **Happiness** (1969), pero gran parte de su trabajo permanece agotado o en el olvido, lo cual es una lástima porque se trata de estupenda literatura.

La última de estas colecciones, **Felicidad**, ve ahora la luz traducida al español, gracias a Errata Naturae, una editorial que anteriormente editó **En un café** y que ha mostrado, además, especial sensibilidad por la obra de **Edna O'Brien**, otra autora que encuentra la inspiración en el mundo rural en que creció, el de la oprimiente atmósfera del nacionalcatolicismo irlandés de los años cuarenta. De generaciones distintas, Lavin es muy diferente a O'Brien. Mucho más delicada, menos ácida y escandalosa. Sus cuentos exprimen a la vez la elegancia y la austeridad, la felicidad y la triste pérdida: son historias de mujeres que sobreviven por medio de las secuelas del amor, hijas endurecidas por la Iglesia que ejerce presión sobre su moralidad católica y hombres debilitados por el cruel optimismo de la promesa posrevolucionaria de Irlanda. El tránsito de lo sublime a lo cotidiano requiere cierta temperatura emocional, por ese motivo las descripciones de Lavin resultan cálidas y sus personajes están muy unidos e identificados entre sí. “El verano siguiente a la muerte de padre nos invitaron a pasar una temporada en Francia con unos amigos, y cuando empezó a caminar junto a los acantilados de Fécamp nuestro temor se disparó hasta el extremo de agarrarla del brazo y tirarle de la falda con la esperanza de anclarla, como lastres de plomo, si se acercaba demasiado al borde” (pag 21). En el primer cuento de los cinco que da título al volumen, al referirse a una desorientada madre viuda prevalece ese intenso sentido de responsabilidad y cuidado por la familia y amigos.

En Lavin prolifera la calidad intemporal. Al contrario de lo que sucede con sus contemporáneos no asoman en sus cuentos las pulsiones revolucionarias, los sentimientos anticlericales o las preocupaciones nacionalistas. Un irlandés, leyendo las historias de Mary Lavin, estaría más perdido incluso que un extranjero, escribió de ella **Frank O'Connor**, gran cuentista, coetáneo y ex miembro del IRA. A O'Connor el compromiso de May Lavin no le parecía suficiente: frente a la dulce Erin, igual que tantas veces ocurre en la historia, surge el gruñido incómodo de “La vieja cerda que se come a sus crías”, como dijo **James Joyce** de Irlanda.



Felicidad

Mary Lavin

Traducción de Regina López Muñoz

Errata Naturae, 2019, 168 páginas, 17 euros

TINTA FRESCA

Buttercup llegó a nuestra vida

Cary Elwes evoca el apasionante rodaje de **La princesa prometida**

TINO PERTIERRA

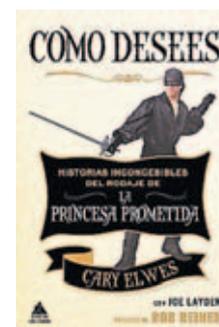
—Hola. Me llamo Íñigo Montoya, tú mataste a mi padre. ¡Prepárate a morir!

Como desees tiene el cielo ganado desde el principio: invoca el espíritu eternamente joven de una película que marcó a juego limpio a varias generaciones con su propuesta lúdica, guerrera, inteligente y briosa, definitivamente encantadora en el buen sentido de la palabra: **La princesa prometida**. La estupefaciente novela del gran **William Goldman** —fallecido en noviembre del año pasado— logró por fin tras no pocos avatares llegar a la pantalla grande de la mano de un cineasta que disfrutó de un tiempo de gloria menor pero muy apreciable: **Rob Reiner**. Cuento de princesas nada ñoñas y héroes nada convencionales, cargado de frases que muchos se saben de memoria, su alargada sombra nostálgica alimenta un libro en el que **Cary Elwes**, el actor de efímera fama que encarnó al personaje de Westley, viaja en el tiempo treinta años después para develar las mil y una historias sorprendentes / entrañables que se desarrollaron en el rodaje, con apariciones estelares de **Robin Wright** (entonces una desconocida en la gran pantalla, pero deslumbrante estrella televisiva de culebrones), **Mandy Patinkin**, **André el Gigante**, **Billy Crystal** o **Wallace Shawn**.

Enriquecida con fotografías del rodaje, secretos del mismo (escatológicos, amorosos...), un prólogo de Reiner y un epílogo del productor **Norman Lear**, **Como desees** regresa gozosamente a los territorios de **Buttercup**, **Íñigo Montoya** o el gigante **Fezzik**. Además incorpora reveladoras entrevistas con **Goldman** y los protagonistas de un filme que se alimenta de fantasía y humor, amores eternos y odios sin fin, choques de acero afilado y venganzas largamente acariciadas hasta el estoque final. Cuenta Reiner que quería hacer la película como fuera. Amaba ese libro. Quién no. Otros lo intentaron y fracasaron. La complicidad creada con **Goldman**, escaldado hasta ese encuentro, hizo el milagro. Acertar con el guión y el reparto era fundamental, y tras la primera lectura hubo un aplauso generalizado: buena señal. El rodaje no fue un plácido paseo, desde luego. El Mayor Duelo de Espadas de la Época Moderna exigió un entrenamiento muy exigente. No podía fallar. **Elwes** y **Patinkin** ensayaron durante meses y meses. Sin dobles. Una larga estancia fuera de sus casas para rodar escenas como la del Pantano de Fuego, en la que **Elwes** y **Wright** trabajaron con fuego real, ayudó a crear un ambiente familiar que se trasladó a la pantalla. El detallismo en la confección de los trajes, el poderío para la flatulencia de **André el Gigante** (que paralizó el trabajo por las risas) o diversas anécdotas de distinto signo convierten el libro de **Elwes** en una lectura tan amena como ilustrativa, y que reflexiona con agudeza sobre las interioridades del cine para explicar por qué aquella película que lo tenía todo para triunfar no lo hizo en su arranque por culpa de una publicidad errada. Hasta que el tiempo la puso en su sitio. Recordemos...

—Parecéis un hombre decente. Lamentaré mataros...

—Vos también lo parecéis. Lamentaré morir”.



Como desees

Cary Elwes

Ático de los Libros

16,90 euros

264 páginas